5930

José Casulleras y Tenes

La Joya Perdida

Diálogo dramático en prosa, original.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

MADRID
De la Fuente, impresor, Cava Baja, 22.
1905

12

LA JOYA PERDIDA

Diálogo en prosa, original de

JOSÉ CASULLERAS Y TENES

Representado por primera vez en la noche del 26 de Marzo de 1905, en el Teatro de VARIEDADES, de Madrid.

MADRID
De la Fuente, impresor, Cava Baja, 22.
1905

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y el cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi buen amigo

Antonio D. Cañas,

le dedico este modesto ensayo dramático, como prueba fehaciente del mucho aprecio que le profesa.

El Autor

REPARTO

CONCHITA. . . . . Srta. Fernández Lombera.
ROBERTO. . . . . Sr. Cantero.

La acción en Barcelona.—Epoca actual.

DIALOGO

Habitación elegante. Puertas al foro y lateral derecha. Un balcón á la izquierda. Una mesa con un reloj y dos grandes candelabros con las velas encendidas. Es de noche.

ESCENA ÚNICA

CONCHITA sentada y ROBERTO que entra por el foro muy preocupado.

Roberto. ¡Conchita, buenas noches!

Conchita. (Levantándose y saliendo á su encuentro). ¡Roberto mio!

Roberto. ¿Me esperabas?

Conchita. Si.

Roberto. Lo creo.

Conchita. Impaciente estaba... ¡Tardabas tanto!

Roberto. No ha sido mucho.

Conchita. ¡Más de media hora!

Roberto. ¿Lo ves? No ha sido mucho.

Conchita. Será para ti; para mí, que espero con impaciencia, esa media hora ha sido un siglo lleno de amargas incertidumbres. ¡Te quiero tanto!

Roberto. (Con pasión). ¡Vida mia!

Conchita. Pero ya teniéndote á mi lado, estoy alegre. (Atrayéndole cariñosamente hacia un sofá, donde se sientan ambos.

Roberto. ¡Conchita! ¡Alma pura! ¡Cuán buena eres!

Conchita. Más voy á ser exigente; en pago de tu tardanza, tienes que permanecer aquí, más tiempo que otras veces.

608999

Roberto. ¡Imposible!

Conchita. ¿Porqué Roberto mío?

Roberto. Porque esta noche tengo que ausentarme más pronto que otras veces...

Conchita. ¿Qué dices?

Roberto. Turbado. Tengo... tengo que ir pronto á mi casa.

Conchita. ¿Por eso únicamente?

Roberto. Si.

Conchita. ¡Oh! Tu me engañas. Tu acento inseguro te delata.

Roberto. Confuso. No... no te engaño. Puedes creerme.

Conchita. Tambien noto que estás preocupado, que no estás alegre como otras veces... ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Roberto. Pero si no... Forzándose por estar alegre.

Conchita. No; no te esfuerces para aparentar una alegría que no sientes.

Roberto. ¡Conchita!

Conchita. ¿Tan poca es la confianza que te inspiro, que te niegas á contarme los motivos que originan tu tristeza? Con mucho cariño. Vamos, dime lo que te pasa. Te lo ruega tu Conchita, tu esclava...

Roberto. Pero...

Conchita. ¿Aún me niegas lo que te pido?... ¡Ingrato!

Roberto. Después de dudar un rato con resolución. Bueno, ya que tan grande es tu deseo, por saber la causa de mi tristeza, voy á complacerte, y culpa tuya será si después de saberlo todo, la amargura te mata.

Conchita. ¿Como?... transición ¡oh! no importa. Puedes empezar.

Roberto. Oyéme Pequeña pausa. Esta tarde mi padre en ocasión de hallarnos solos, así me habló:—«Roberto, ya tienes edad para pensar en casarte. Seguro estoy de que todavía no te has fijado en ninguna mujer, con intención de hacerla tu esposa, pues de haberlo hecho tú que nada me ocultas, me lo habrías indicado. Por eso, yo mismo me he cuidado de buscarte

compañera; una señorita digna de tí. Es joven, guapa, rica... ¡ya ves que no se puede pedir más!» Pero como yo callara, me intorrogó.—¿Que contestas?» objetándole yo.—Que de ninguna manera puedo aceptar lo que usted me propone.

Conchita. Con vehemencia. ¡Roberto mío!

Roberto. —«¿Por qué?, siguió interrogándome, contestándole yo. —«Porque amo á otra mujer con locura.» Me exigió explicaciones y entonces le relaté la historia de nuestros amores.

Conchita. Con ansiedad ¿Y qué dijo?

Roberto. ¡Cosas muy tristes, que con férrea mano me oprimieron el corazón!

Conchita. ¡Habla!

Roberto. Cuando supo nuestros amores me prohibió que volviera á visitarte. Yo le supliqué que permitiera nuestra unión; pero todo en vano, lleno de cólera se negó á ello, ordenándome con imperio que te olvidara.

Conchita. Y tú... ¿Qué contestaste?

Roberto. Nada; me retiré de su lado sin responderle.

Conchita. ¿Y qué piensas hacer?

Roberto. ¡Quererte cada día más!

Conchita. Pero tu padre te obligará...

Roberto. ¡Nunca! Podrá castigarme, matarme si le place, pero jamás conseguirá lo que pretende.

Conchita. No, Roberto; de ninguna manera quiero que por mi culpa te castigue tu padre.

Roberto. No le temo.

Conchita. ¡Es tu padre!

Roberto. Y tú mi vida, mi ilusión, mi todo.

Conchita. ¡Roberto!

Roberto. ¡Conchita mía!

Conchita. ¿Y qué harás?

Roberto. He pensado alejarte ahora un poco de Barcelona,

para que mi padre no te vea. En Gracia te instalarás en una casa de tu gusto.

Conchita. ¡Imposibe!

Roberto. ¿Qué dices?

Conchita. Que no puedo acceder á eso.

Roberto. No comprendo...

Conchita. Es muy sencillo. Viviendo en Barcelona solo puedes estar breves instantes á mi lado; si me fuera á Gracia, quizás ni esos momentos que dedicas todas las noches en visitarme, podrías conseguirlo y yo... me moriría de nostalgia y de pena.

Roberto. Yo iré á visitarte todos los días que pueda.

Conchita. Lo creo; pero no podrás ninguno; no podrás sustraerte de la vigilancia de tu padre y sufriremos mucho separados.

Roberto. ¿Temes que disminuya mi cariño?

Conchita. No, Roberto; Lo que temo es que me moriría el primer día que pasara sin verte. ¡Si supieras lo que sufro cuando no estás á mi lado! Se me hacen las horas tan largas, tan largas ¡ay! como cortas cuando estoy junto á tí.... ¡Cuántas tardes han transcurrido como un eterno calvario contemplando el reloj que sigue su marcha monótona cual si gozara en martirizarme al ver que con vehemente anhelo estoy esperando una hora que tarda mucho en señalar!.... Algunas veces, adelanto sus manillas con febril ansiedad y exclamo con alegría:—¿Ves? Ya anuncias la hora deseada; ya te he vencido—Y como quiera que en aquel instante me parece realidad lo que contemplo, estoy con sosiego por si tu apareces alegre ante mi vista; más al convencerme de que es un sueño lo que pienso, caigo presa de mortal zozobra

Roberto. Lo mismo me ocurre á mí, Conchita mía. Tambien con delirio espero que transcurra el día, que llegue

la hora deseada para estar junto á tí. No obstante, estoy dispuesto á sacrificarme porque redundará seguramente en beneficio de ambos. Haz tu lo propio y seremos, no lo dudes, quizás muy pronto dichosos.

Conchita. No puedo, Roberto mío; no puedo vivir sin tener el convencimiento de que estarás todos los días algunos instantes á mi lado. Hasta los amargos recuerdos de mi triste pasado se esfuman de mi mente cuando te veo.

Roberto. Con extrañeza. ¿Como..? Explícate.

Conchita. Después de breve pausa. ¡Ay, Roberto! Yo he sido muy desgraciada; yo he sufrido mucho.

Roberto. Pero...

Conchita. Escúchame y te convencerás.. Hace ya algunos años. Yo vivía con mi santa madre, alegre y feliz, sin que en el cielo diáfano de mi dicha existiera la más leve nube de dolor. Un día se me presentó un hombre requiriéndome de amor; yo acepté sus ofrecimientos y mi madre tambien accedió. Poco tiempo después de nuestras relaciones, la muerte arrancó de mi lado á la que me dió el ser, pero no sin que antes mi prometido la jurara que en breve me haría su esposa. Pausa.

Roberto. Con ansiedad. Continúa.

Conchita. ¡Ah! Confiada en la promesa del hombre más perverso del mundo, en un momento de locura, porque loca debí estar...

Roberto. ¿Qué?

Conchita. Me dejé seducir por él, y aquél infame, aquél mal hombre, olvidando sus juramentos, desoyendo mis súplicas y mostrándose insensible ante mis lágrimas, huyó de mi lado, dejándome sola y desamparada, sin más compañía que mis agudas penas que torturaban mi existencia, dilacerándome el corazón. Llora.

Roberto. ¡Ah..! No continúes, no continúes esa historia, que á tí te martiriza y á mí me desgarra el alma.

Conchita. Si, si, Roberto; quiero que lo sepas todo, para que al par que me juzgas, comprendas mi desventura.

Roberto. Bueno, prosigue.... si; quiero saberlo todo, todo.... aunque tu relato me mate.

Conchita. Desde la fecha infausta de mi desdicha hasta que te conocí, mediaron dos años, dos años de zozobras mortales, dos años que para mí fueron dos siglos... Luego todo se transformó, la penumbra de mi infortunio, cambiose por la clara luz de la esperanza y los negros sinsabores convirtiéronse en placenteras alegrías. Créeme Roberto mío; las únicas horas que paso feliz en la tierra, son las que consagro á tu amor, las que te tengo á mí lado. Por eso deseo no perderte, no alejarme de tí; pues ahora que soy dichosa; ahora que me solazo oyéndote palabras de ternura infinita me sería doloroso, mortal, el separarme de tí. Antes prefiero la muerte.

Roberto. ¡Oh! ¡Conchita! ¡Conchita! Me has herido con tu revelación, pero quiero que vivas, que vivas para mí.

Se siente el ruido de un coche que se para en la puerta.

Conchita. ¿Has oído?

Roberto. Si.

Conchita. Asomándose al balcón. Un coche se ha detenido en la puerta y de él sale un caballero.

Roberto. Asomándose también al balcón. ¡Que miro! ¡Mi padre!

Conchita. ¿Qué dices?

Roberto. ¡El! Transición. Viene...

Conchita. Con amargura. A separarnos para siempre.

Roberto. ¡Será inutil cuanto haga!

Conchita. No; logrará su deseo. ¡Estamos perdidos!

Roberto. Yo le suplicaré... Suena la campanilla.

Conchita. Nada conseguirás. Rompe á llorar, pero seca el llanto de re-

pente y con resolución dice: Roberto, Roberto mío; obedece á tu padre.

Roberto. ¿Que dices? ¿Y tú? Suena otra vez la campanilla y Roberto corre hacia el foro en tanto que Conchita abre el cajón de la mesa de donde saca un puñal.

Conchita. ¿Yo..? Yo Roberto, te espero allí. Levantando una mano y señalando hacia arriba al par que con la otra que tendrá el puñal se hiere en el pecho.

Roberto. Corriendo hacia Conchita, que cae muerta entre sus brazos. ¿Conchita? ¿Conchita...? ¡Muerta! ¡Oh, Dios mío! ¡He perdido mi única joya!

TELÓN RÁPIDO

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(EN CATALÁN)

Salvat... per una carta. Juguete en un acto y en prosa. (1).
Tres... per un. Monólogo en prosa.
Un home gelós. Juguete en un acto y en prosa. (2).
¡Qui no té vergonya!.., Id. en un acto y en prosa.
La clau de 'ls embolichs. Id. en un acto y en prosa.
La Joya Perduda. Diálogo dramático, en prosa.
Un casat... desenganyat. Monólogo en prosa.

(1) En colaboración con D. Domingo Desimón.
(2) En colaboración con D. Ramón Muntané.

PUNTOS DE VENTA

En la Sociedad de Autores Españoles: Nuñez de Balboa número 12, en la Cava Baja número 22, (Imprenta) y en las principales librerías.